SONETOS DE AMOR DE GERARDO

Tanta ternura y tanto impulso poético hay en estos sonetos, que sería preciso hablar de todos. De esa pareja a la fugitiva muchacha de Guatemala. De ese "Sucesiva", donde el poeta busca en la amada las pequeñas contingencias parciales, para elevarse inmediatamente—¡y qué alta va la alondra por el último verso!—a su unidad totalizada:

Así te quiero en límites pequeños,
aquí y allá, fragmentos, lirio, rosa.
Y tu unidad después, luz de mis sueños.

Y dos sonetos de ausencia: de ausencia por "Distancia", en el que lleva ese nombre; de ausencia en mundos diferentes (amada, en el del sueño: amante, en el de vigilia). Es este último soneto—ya famoso desde que se publicó hace años—el que tiene por título "Insomnio". Si "Distancia" es magnífico, "Insomnio" es uno de los sonetos más intensamente emocionados que se hayan escrito en lengua castellana. Helo aquí:

Tú y tu desnudo sueño. No lo sabes.
Duermes. No. No lo sabes. Yo, en desvelo,
y tú, inocente, duermes bajo el cielo.
Tú por tu sueño, y por el mar las naves.

En cárceles de espacio, aéreas llaves
te me encierran, recluyen, roban. Hielo,
cristal de aire en mil hojas. No. No hay vuelo
que alce hasta ti las alas de mis aves.

Saber que duermes tú, cierta, segura
—cauce fiel de abandono, línea pura—
tan cerca de mis brazos maniatados.

Qué pavorosa esclavitud de isleño:
yo insomne, loco, en los acantilados;
las naves por el mar, tú por tu sueño.

La imagen que centra y crea el poema está dada en el verso cuarto:

Tú por tu sueño, y por el mar las naves.

No usa el poeta fórmula gramatical de comparación ("tú, por tu sueño, *como* las naves por el mar"). Deja aislados, cercanos y paralelos los dos planos, el real y el imaginativo, que en seguida, suavemente, se han de fundir en la mente del lector. La imagen preside el curso del soneto, y después de haber creado en sistema un bello ambiente de relaciones, nos vuelve, sin violencia, al centro inicial, condensándose de nuevo, invertida, en el verso último:

Las naves por el mar, tú por tu sueño.

Por todo el soneto va una duplicidad de tema, casi musicalmente contrastada: tema de la amada, tema del amante. Lo que al principio es desasosiego, brevedad escueta de oraciones, ritmo entrecortado suspensivo, es remanso que inicia un feliz, un dulce curso, cuando con el tercer verso se insinúa y suavemente se prolonga la cándida representación de la amada:

...y tú, inocente, duermes bajo el cielo.
Tú por tu sueño, y por el mar las naves.

Mas otra vez en el segundo cuarteto insiste el frenético motivo de la desesperación del amante, ahora acumulando verbos, agrios de erres, casi interjectivos: "te me encierran, recluyen, roban". El verso duro y apasionado en crescendo, termina en sima súbita, paralizadora:

Te me encierran, recluyen, roban. Hielo...

(De palabra, equivocándome, le critiqué una vez este endecasílabo al poeta; de su genuina, y justiciera, indignación me ha llegado algún ramalazo.) En desasosiego continúa el segundo cuarteto, que si se aquieta, es sólo en su final, desesperanzadamente aún, pero en una entrevisión, constelada de blancas vocales *a* (verso vulgar del lado imaginativo, pero, fonéticamente, bello cierre de los ocho primeros). Pero he aquí que llega ese quicio ideal del soneto, que es el paso a los seis versos últimos: finos y tiernos violines avanzan, casi remansándole, el terso tema, serenamente fluvial de la amada dormida:

Saber que duermes tú, cierta, segura,
—cauce fiel de abandono, línea pura...

Y otra vez irrumpe el frenético tema del amante, en el que ahora, con felicidad, se recoge y amplía la imagen inicial; dulce alejarse de la nave segura, impotente desesperación del aislado en la orilla:

...tan cerca de mis brazos maniatados.

Qué pavorosa esclavitud de isleño:
Yo, insomne, loco, en los acantilados...

En los dos versos últimos, con perfecta y unitiva simetría final, se condensa, contrastada en imagen y sonido, la doble representación de todo el soneto. Frente a la suavidad amplia del verso postrero, el ritmo desesperado o despeñado del penúltimo (de acentuación, otra vez, en cuarta sílaba):

Yo insomne, loco, en los acantilados.
Las naves por el mar, tú por tu sueño.

La inocencia de la imagen, la limpidez del tema, la contrastada técnica, la desbordada ternura hacen de éste uno de los más bellos sonetos de amor: estilo eternamente dulce y nuevo, cuya ciencia fijó para siempre Dante.

DÁMASO ALONSO